

Nuevas exigencias para la evangelización

Arquidiócesis de Bogotá – 4 de octubre de 2022

El proceso sinodal que se ha venido realizando en nuestra Arquidiócesis, de acuerdo con lo que ha pedido el Papa Francisco a toda la Iglesia, ha permitido que, a través del diálogo y la atenta escucha a los distintos sectores del pueblo de Dios, hayan podido salir a flote las grandes inquietudes que estaban latentes en el corazón de quienes fueron llamados a participar en las distintas consultas.

Es importante señalar que, entre los asuntos vitales que surgieron en dichos encuentros, el tema de la *evangelización como proceso* fue el que con mayor frecuencia e intensidad estuvo en la preocupación pastoral, no solo de los sacerdotes consultados, sino también en general, ya que precisamente constituye el eje fundamental del cumplimiento de la misión que el Señor encomendó a toda la Iglesia.

Los puntos centrales que aparecen en dicha consulta se refieren a la necesidad de intensificar el impulso misionero y la acción iniciática de la evangelización para poder responder a las graves situaciones de precariedad en la que viven muchísimos de nuestros fieles, de tal manera que se percibe necesario hacer resonar con *parresia* el kerygma, apostando por consiguiente a una *iniciación a la vida cristiana* en clave catecumenal, que lleve a la formación de pequeñas comunidades cristianas que sirvan para acompañar los procesos de maduración de la fe y el compromiso de todos y cada uno de sus miembros, dentro de un ambiente de fraternidad y de servicio. Este esfuerzo de renovación conlleva un cambio de actitudes, la búsqueda de nuevas formas de evangelización y el fomento de lenguajes sencillos y adaptados a las diversas culturas que permitan que el Evangelio sea comprensible y significativo. Todo esto enmarcado en una espiritualidad que lleve al reconocimiento de la acción permanente del Espíritu Santo en la Iglesia.

1. **Hacia una renovación de la acción evangelizadora**

Sin duda alguna estamos en un momento muy importante para la renovación de la acción evangelizadora en nuestra Arquidiócesis. Dicha renovación, de una u otra manera, responde a una de las inquietudes que surgieron durante la Asamblea del Sínodo de los Obispos, convocada por el papa Benedicto XVI para tratar lo relativo a *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. Esta Asamblea permitió tener una visión global de lo que las iglesias particulares están realizando para llevar el anuncio del Evangelio a todas las gentes y, en particular, a aquellos bautizados que se han alejado o permanecen indiferentes a

la fe recibida o que tratan de buscar al Señor en otras confesiones religiosas. Este encuentro sinodal sirvió igualmente para hacer tomar conciencia de las enormes dificultades que se presentan en la actualidad para cumplir la tarea evangelizadora, retos enormes que, sin embargo, lejos de constituir obstáculos para la evangelización, son caminos que debemos aprovechar y recorrer para evangelizar y mostrar con la palabra y el testimonio la alegría de nuestra fe, ya que evangelizar consiste fundamentalmente en el anuncio alegre de Cristo muerto y resucitado que ha venido a dar sentido a nuestra existencia. El papa Benedicto pretendía, además, hacer ver que el momento actual que vivimos, marcado entre otras cosas por una dramática crisis de fe, requería una renovación de la acción pastoral de la Iglesia con el fin de que pudiera responder a las grandes esperanzas que surgen en el corazón de los creyentes ante los nuevos interrogantes que interpelan al mundo y a la Iglesia.

En la actualidad tenemos que dar prioridad a la tarea evangelizadora y no tener miedo a realizar la conversión pastoral, la cual ha de estar encaminada a llevarnos a transformar nuestros comportamientos y nuestros modos de transmitir el Evangelio. Tenemos que aceptar y tomar conciencia de que los tiempos, las costumbres y la cultura han cambiado y que la mentalidad especialmente de nuestros jóvenes puede crear desconcierto al mundo de los adultos y por ello sus posturas nos pueden parecer descontextualizadas en relación con lo que estábamos acostumbrados hasta no hace mucho tiempo. Para muchos de ellos lo religioso está fuera de su órbita y perciben como algo irrelevante lo que se les pueda transmitir en la Iglesia. Se hace necesario, entonces, trabajar con mucho empeño para proclamar y dar testimonio vivo del Evangelio con gran fuerza y *parresía* a fin de mostrar con nuestra vida y nuestras actitudes el rostro misericordioso del Señor en quien creemos y vivimos, para darle así a la Iglesia un nuevo semblante que atraiga y fascine a todos y, de esa manera, ayudar a impulsar, no sólo un encuentro personal y comunitario con el Señor Jesucristo que conduzca a la conversión de corazón, sino sobre todo para acogerlo, seguirlo con amor e imitarlo a fin de entrar en comunión con Él y llegar a la meta que con inmenso amor nos propone.

Frente a ese gran desafío que nos plantea hoy la Iglesia, es necesario que modifiquemos el modo como estamos desarrollando la labor evangelizadora y catequística y tener el coraje de asumir nuevas formas que nos lleven a vivir con autenticidad nuestra fe, que no consiste en la simple aceptación y profesión de determinados dogmas y verdades sino en experimentar en lo más íntimo de nuestro ser la presencia de Dios, la grandeza de su amor y, a partir de allí, responderle también amándolo con todo el corazón y expresándolo con el amor y el servicio a nuestros hermanos, como bien expresa san Pablo: «la fe que actúa por el amor» (*Ga 5,6*).

De ahí surge la urgencia de una renovación muy especialmente en el campo de la catequesis que conduzca a asumir un nuevo paradigma, centrado en la

persona misma de Cristo, en el encuentro personal con Él, como también en la animación y acompañamiento de la comunidad en los procesos de iniciación cristiana, para lo cual hay que insistir en la necesidad de una catequesis kerygmática, con dimensión catecumenal y misionera, que sirva no solo para preparar a la recepción de los sacramentos, sino especialmente para alimentar y fortalecer la fe a lo largo de toda la existencia, una catequesis que prepare y acompañe una *iniciación a la vida cristiana* y dé firmeza a la fe recibida y libremente aceptada, para que sea profesada y vivida con autenticidad y coherencia.

2. Dificultades crecientes para el anuncio del Evangelio

Estamos en un mundo que tenemos que evangelizar, con el que hay que dialogar abiertamente sin prejuicios ni prevenciones, para lo cual hay que partir de un reconocimiento de su bondad interior y de que está anhelante de la sal y de la luz que brotan del Evangelio (cf. *Rm* 8,19). San Pablo VI nos decía con gran clarividencia en su primera Encíclica que «la Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir» y, añadía, que «antes de convertirlo, más aún, para poder convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos a él y que le hablemos».¹ Todo esto sin desconocer que es un mundo terriblemente cambiante y que, en la actualidad, sufre las consecuencias de una serie de crisis que se han venido gestando desde hace algunos siglos. Por esto, como nos recuerda Aparecida, «La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros. Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos».²

No nos podemos dejar llevar por la tentación de separar de manera radical la Iglesia y el mundo hasta el punto de pensar que el mundo que nos rodea es simplemente hostil a la Iglesia y ésta una especie de opositora de lo que aquél nos ofrece y de sus múltiples culturas. Hay que desechar, por lo tanto, una ruptura entre la fe y la vida, puesto que la fe que transmite la Iglesia es una fe que tiene que estar profundamente encarnada e inculturada, lo cual exige conocer la realidad humana de los pueblos o comunidades a las que se dirige.

En la actualidad, ante el fenómeno de la secularización, que va carcomiendo los fundamentos y los valores que brotan del Evangelio, como también de la indiferencia religiosa que se va extendiendo de manera acelerada, pero al mismo tiempo ante la sed de Dios que surge en el corazón de tanta gente que se ha alejado de la Iglesia y de los sacramentos, no podemos pensar que nos encontramos frente a una mecha humeante y a punto de apagarse, sino ante un nuevo desafío evangelizador que requiere creatividad, arrojo, entusiasmo,

¹ San Pablo VI, Carta encíclica *Ecclesiam suam*, 27.

² *Aparecida*, 367.

convicción, alegría y un testimonio de vida capaz de hacer atractiva la fe que queremos transmitir.

No podemos desconocer que el mundo ha cambiado vertiginosamente en los últimos años. Con la *modernidad* se inició paulatinamente el fin del período de la *cristiandad*, en el que la sociedad misma, en su ambiente y en la cultura occidental, facilitaba la transmisión de la fe y privilegiaba el papel de la familia y de los educadores en esa tarea. Este proceso se concretizó a mediados del siglo XX y se profundizó con el paso a la *cultura post-moderna*, caracterizada por la indiferencia religiosa, la pérdida del sentido de la fe y de la pertenencia eclesial; ha favorecido el individualismo, ha acentuado el narcisismo que lleva a encerrar a la persona en sí misma, se vive de manera frenética y se mira el futuro con gran temor. Es la cultura de una sociedad volátil en la que todo es a la carrera, lo cual no favorece la reflexión puesto que nada es seguro y es difícil enseñar y por esto se le considera también como una “sociedad líquida”, fuertemente impregnada por una cultura de redes, que no está soportada en convicciones objetivas, en verdades e ideales que ennoblezcan y den sentido a la existencia humana, sino que, por el contrario van diluyendo todo, incluso aquello que durante muchas generaciones fue el sostén de la sociedad misma. Asimismo, estamos en lo se ha llamado una *cultura post-cristiana* que, frente a las características de la sociedad actual, ha promovido el desconocimiento y el olvido del aporte que ha prestado la Iglesia a lo largo de los siglos y ha buscado traducir en categorías seculares lo que han sido los valores evangélicos que ha transmitido la labor evangelizadora.

El avance de la ciencia y de la técnica, que ha traído respuestas acertadas a tantas inquietudes seculares de la humanidad, ha puesto igualmente en crisis el modo como concebimos a Dios y, en últimos términos, nos da a entender que estamos frente a una crisis profundamente antropológica. En efecto, se ha puesto todo a girar en torno a lo humano, en un antropocentrismo desviado que termina dando prioridad absoluta a sus conveniencias circunstanciales y todo lo demás se vuelve relativo, lo cual alimenta incluso la degradación ambiental y social. Por eso el papa Francisco nos pone en guardia frente a ese relativismo que brota del paradigma tecnocrático y de la adoración del poder humano sin límites.³

Estamos, además, en el tiempo del “yo” y del “intimismo”, en donde, por una parte, no se aceptan certezas absolutas y, por otra, no existe una preocupación por la realización colectiva, sino que se resalta un interés por la satisfacción individual, en la que se vive sin ideales, en donde lo importante es tener un buen trabajo, conservarse joven y con salud, disfrutar al máximo el presente y poseer dinero y cuanto le ofrece la publicidad, cada vez más invasiva. Todo esto ha llevado a la dificultad de asumir con responsabilidad las opciones de vida, pues se tiene la tendencia a elecciones pasajeras y de breve portada que no dan cabida a una vivencia de fe que dé sentido estable a la propia existencia, que se abra a la

³ Cf. Francisco, *Laudato Si'* 122-123.

solidaridad y al servicio desinteresado y que ofrezca la esperanza de una vida eterna.

A lo anterior se añade que, en la medida en que se ha ido tomando conciencia de la necesidad de tener mayor claridad acerca de lo que deben ser los procesos iniciáticos, se han ido evidenciando algunos problemas pastorales a los que es necesario poner remedio: la ausencia generalizada del primer anuncio, la falta de planeación de procesos de iniciación cristiana, la reducción de la catequesis a un preparación pre-sacramental, el escaso sentido de comunidad en la acción pastoral, el desinterés de algunos párrocos en relación con la catequesis, la ausencia de un compromiso de la familia en la transmisión de la fe y el número creciente de jóvenes que abandonan la Iglesia cuando acaban de recibir el sacramento de la Confirmación, a todo lo cual se añade el modo con el que con cierta frecuencia se transmite la catequesis a los niños y a los jóvenes al utilizar un lenguaje que banaliza el mensaje.

Frente a la necesidad de renovación pastoral que exige todo lo anterior, nos encontramos con un desafío muy grande, pues a pesar de los esfuerzos que se están haciendo en este campo, sin embargo todavía existen grandes resistencias para implantar procesos e itinerarios evangelizadores que no se reduzcan a una simple preparación para los primeros sacramentos, sino que sean procesos permanentes de seria formación y acompañamiento de la vida de fe. Todo esto conlleva la necesidad de seguir las pautas que ha ido indicando el Magisterio de la Iglesia al invitar con insistencia a dar fuerza al anuncio kerygmático, al enfoque catecumenal y al fortalecimiento de la catequesis.

3. Caminos hacia una Iglesia misionera, sinodal y samaritana

Puesto que se trata de un acompañamiento y de una educación que ha de llevar al crecimiento y maduración de la fe, nuestras tareas en los campos de la evangelización y de la catequesis no pueden agotarse en lo que hemos encerrado hasta ahora la iniciación cristiana, ya que debe acompañar todo el camino que debe recorrer el bautizado en su búsqueda de la santidad y de integración y formación de la comunidad cristiana. Se comienza con el *primer anuncio* que ha de llevar a presentar y a hacer conocer a Jesús, para que quien se inicia pueda empezar a amarlo y desear aceptarlo en su vida. Luego la *catequesis* que ha de alimentarse constantemente de la Palabra de Dios, de la Tradición de la Iglesia y del Magisterio para cumplir su tarea de colocar los fundamentos de la fe. Pero luego debe alimentar continuamente las raíces de la vida cristiana, con unos procesos de *formación permanente*, para que madure en su comunión eclesial y en el ejercicio constante de la caridad. La Iglesia, por consiguiente, transmite una fe viva, que al ser interiorizada y puesta en práctica, ha de llevar al cristiano a fomentar un compromiso social de solidaridad y servicio desinteresado, sobre todo con las personas más necesitadas.

La colaboración de todos en el cumplimiento de la misión de la Iglesia, ministros ordenados, personas consagradas y fieles laicos, es algo absolutamente necesario, que tiene su raíz en el sacramento del Bautismo y que debe realizarse con un espíritu de comunión y participación. Para evangelizar la Iglesia tiene que impulsar el camino de la sinodalidad, para que podamos caminar todos juntos en el cumplimiento de la misión que el Señor le confió. Se trata, por consiguiente, de hacer realidad una Iglesia *misionera y sinodal* que no deje por fuera a ninguno de sus miembros quienes, en cuanto discípulos misioneros, deben colaborar en la tarea de la evangelización. El papa Francisco decía a los jóvenes que, hoy más que nunca, se requiere tener la gran convicción de que la Iglesia es y debe ser siempre misionera, como parte esencial de su realidad eclesial y que en ella todos estamos invitados a salir sin miedo para llevar a Cristo a cualquier ambiente y compartir con espíritu misionero la alegría del Evangelio.⁴

Esta dimensión misionera ha constituido una parte esencial de ella misma desde el mismo comienzo de la acción eclesial, pero lamentablemente dejó de ponerla de relieve, ya que durante mucho tiempo llegó a considerar esta dimensión referida casi exclusivamente a lo que entendemos como *missio ad gentes*, es decir, el anuncio del Evangelio a aquellas personas o pueblos que nunca lo han recibido; por esta razón San Juan Pablo II nos invitó a reconocer que también es necesario mantener viva la imperiosa tarea de hacer ese anuncio a los bautizados que están alejados de Cristo, como parte de la tarea primordial de la Iglesia, cuya actividad misionera debe estar por encima de todo y representa aún el mayor desafío para la Iglesia.⁵ En la actualidad necesitamos toda una conversión pastoral al respecto, una conversión tanto personal como comunitaria, que debe conducir a un serio y profundo replanteamiento pastoral, ya que, como nos dice Aparecida, no puede resistir a los embates del tiempo «una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados».⁶

Una tarea fundamental que nos urge dentro de la conversión pastoral es, por lo tanto, la de *superar una pastoral de conservación para implantar una pastoral misionera*⁷ en la que la Iglesia, además de hacer lo posible por salir y buscar a quienes se han alejado para acogerlos con los brazos abiertos, con ternura y misericordia, celebre el gozo de la presencia y el encuentro permanente de su Señor en medio de ella y procure la formación de pequeñas comunidades que ayuden a los fieles a vivir plenamente su fe y en donde todos los fieles puedan

⁴ Cf. Francisco, *Christus Vivit* 177.

⁵ Cf. San Juan Pablo II, *Redemptoris Missio* 280. 287. 333.

⁶ *Aparecida* 12.

⁷ Francisco, *Evangelii Gaudium* 15.

participar, se sientan acogidos y sean alimentados por la Palabra y la Eucaristía. En otras palabras, comunidades en donde se viva la comunión y la participación con un profundo sentido de sinodalidad. Solo así podrán vivir el amor de Cristo, para que todos los bautizados se reconozcan como hermanos y asuman su responsabilidad en la construcción de una sociedad justa y solidaria que sea una expresión de su amor al Señor y de una auténtica opción preferencial por los pobres. La presencia de la Iglesia en el mundo ha de suscitar esperanza, a través de su palabra y sus acciones, para lo cual se trata de que sea una *Iglesia samaritana*.

Cuando celebrábamos el Jubileo de la Misericordia el Papa insistía en que «La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo».⁸ En efecto, si la Iglesia, en el cumplimiento de su misión, quiere ser una prolongación de la misión de Cristo, no puede desconocer el imperativo de la inclusión social de los pobres, la cual no puede quedarse en un simple plano teórico o en un permanente asistencialismo, sino que ha de ayudar a una integral promoción humana y a una auténtica liberación, a partir del anuncio de Cristo Salvador que abre un espiral de luz, que da sentido y esperanza aun en medio del sufrimiento y del dolor.

Hay que tener en cuenta, además, que en la actualidad vivimos una situación en la que, aunque en nuestros ambientes casi no tengamos personas que nunca hayan oído hablar de Jesucristo, sin embargo, tenemos frente a nosotros muchos hombres y mujeres que después de haber recibido el Bautismo no han tenido una iniciación a su vida como cristianos y viven en total indiferencia y desconocimiento de la persona de Jesús. Existe en ellos una ignorancia tal que es casi una especie de “ateísmo existencial”, desde el que tenemos que partir. En estos casos no podemos comenzar simplemente presentando los contenidos del mensaje, sino que debemos buscar el modo de hacer que se sientan atraídos por la persona de Jesús y puedan llegar a un encuentro con Él; un encuentro que los fascine y los lleve a desear su seguimiento. Esto requiere paciencia y un acompañamiento en el que, con profundo respeto, se dé espacio a la escucha de sus inquietudes y sus esperanzas y en donde el testimonio de vida y de fe de quien evangeliza conduzca prudentemente a que sientan el deseo de ir a buscar al Señor, de escuchar su voz que les dice *vengan y vean (Jn 1,39)* como lo sintieron los primeros discípulos.

En las circunstancias en las que nos encontramos, la pregunta que debemos hacernos no es tanto qué quiere decir ser cristiano, sino más bien cómo ser cristiano en un mundo que ha perdido el sentido y significado de la fe y cómo puede nuestro testimonio ayudar a lograr una vida humana en la que se respete su dignidad y logre la felicidad.

Es urgente, por lo tanto, que tomemos en seria consideración la necesidad de emprender una auténtica y nueva etapa evangelizadora que, como nos dice el

⁸ Francisco, *Misericordiae vultus*, 10

papa Francisco, debe estar marcada por la alegría, ya que con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.⁹ Esto quiere decir, entre otras cosas, que los evangelizadores tenemos que cambiar de actitud, con el objeto de dar un verdadero testimonio del gozo de haber encontrado a Jesús en nuestra vida, pues «La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar» (cf. *Jn* 16,22),¹⁰ puesto que si Jesús vino a salvarnos, a dar sentido a nuestra existencia e indicarnos el camino para llegar a la Verdad y la Vida, tenemos que mostrar al mundo la alegría que produce nuestra fe. El anuncio entonces debe ser realizado de manera atrayente, acogedora, gozosa, no con el ceño fruncido. Ya en la era apostólica el Apóstol Pedro insistía en que esta tarea tenemos que cumplirla «con dulzura, respeto y recta conciencia» (*1Pe*, 3.16) y san Pablo, indicaba que nuestro uniforme ha de ser: «la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión» (*Col* 3,12).

4. Un nuevo impulso catecumenal

A la luz de lo anterior, la Iglesia necesita impulsar una nueva evangelización en la que pueda anunciar con fuerza y entusiasmo el Evangelio a este mundo complejo con el fin de realizar una renovación espiritual, moral y pastoral que permita, bajo la acción del Espíritu Santo, infundir un nuevo fervor, una nueva espiritualidad e instaurar nuevos métodos y nuevas expresiones para anunciar con nuevo ardor la Buena Nueva de Jesucristo. Realizar una nueva evangelización, o evangelizar con un impulso misionero, no quiere decir que haya que inventar nuevos contenidos o buscar únicamente novedosas estrategias para la transmisión de la fe, ni mucho menos cambiar lo que ha sido el objeto de la misión de la Iglesia. Se trata de iniciar una nueva etapa evangelizadora en la que demos centralidad a la gracia, ya que es el Espíritu Santo quien despierta la sed de Dios.

La nueva evangelización nos lleva a reforzar el empeño de dar importancia al primer anuncio. Lamentablemente para muchos en la Iglesia, incluido catequistas y pastores, ha sido difícil comprender la necesidad y la esencia misma del kerygma dado que han estado acostumbrados a catequizar sin evangelizar previamente. Nos habíamos habituado a vivir un cristianismo bastante ritualista, en el que colocábamos los sacramentos como el perno sobre el que debía girar prácticamente toda la acción pastoral y como la meta a la que se debía llegar. Esto no quiere decir que los sacramentos no constituyan un eje fundamental en la vivencia de la fe; por el contrario, ellos son la expresión de esa presencia y encuentro del Señor en nuestra vida. Es necesario, sin embargo, tener clara conciencia de que los sacramentos son en cierta medida los que han de impulsar permanentemente el desarrollo de la vida cristiana en fidelidad al Señor, después

⁹ Cf. *Evangelii Gaudium* 1.

¹⁰ *Evangelii Gaudium* 84.

de escuchar y aceptar el Evangelio. Teniendo en cuenta que evangelización y sacramentos constituyen un todo que se debe respetar y cuya pedagogía debe conducirnos a una profunda integración, entonces no podemos separar estas dos realidades de modo tajante. En efecto, evangelizamos para llegar al encuentro personal y profundo con Cristo y, al mismo tiempo, nos acercamos a los sacramentos para recibir la gracia necesaria que nos permitirá intensificar el compromiso que surge de ese encuentro y para incorporarnos a la comunidad de quienes lo aceptamos.

La catequesis, dentro de esta nueva perspectiva, debe ser liberada de un modelo escolarizado obligatorio, para dar lugar a una catequesis de inspiración catecumenal en donde haya un estrecho nexo con la liturgia, puesto que es allí donde se manifiesta el vínculo entre la profesión de fe y la vida de fe. Lo que se profesa y se vive se celebra en la liturgia en la que está presente Cristo mismo. Asimismo, la inspiración catecumenal, que debe acompañar todo el proceso evangelizador, debe realizarse con un profundo espíritu misionero, es decir, como un anuncio propositivo que permita dar respuesta a las preguntas existenciales de quienes se inician en la fe, lo cual requiere que se tengan en cuenta las circunstancias concretas de las personas, a partir de un diálogo y una escucha de sus preocupaciones y esperanzas, dando al mismo tiempo un papel preponderante a la comunidad, pues no se trata de un proceso aislado y en solitario, sino que toda la comunidad debe estar involucrada para acoger, acompañar y estimular a quien se halla en búsqueda de un encuentro con Jesús.

A través de todo este proceso la persona va tomando conciencia de entrar a formar parte de la Iglesia, o mejor, de que la Iglesia la acoge y, a su vez, que libremente acepta asumir los compromisos que de allí se derivan, respondiendo a esa invitación de entablar una relación filial con Dios y de fraternidad con los miembros de la comunidad. No podemos dejar de tener en cuenta que «La fe es ciertamente un acto personal pero no es una elección individual y privada; tiene un carácter relacional y comunitario. El cristiano nace del seno materno de la Iglesia; su fe es una participación en la fe eclesial que siempre lo precede. En efecto, el acto personal de la fe representa la respuesta a la memoria viva de un acontecimiento que la Iglesia le ha transmitido».¹¹

La inspiración catecumenal plantea igualmente una seria interpelación a toda la acción pastoral y, en última instancia, invita a la propia Iglesia a rediseñar su rostro y su estilo de presencia en el mundo, asumiendo una clara conciencia de que la fe ya no se da por adquirida y de que no está llamada simplemente a mantenerse, sino que ha de ser propuesta y suscitada. Recordemos, como sugería Tertuliano, que nadie nace cristiano, sino que necesita llegar a serlo. No podemos pensar que por el simple hecho de nacer en el seno de una familia cristiana necesariamente el nuevo miembro de esa familia sea un cristiano, pues la

¹¹ *Directorio para la Catequesis* 21.

iniciativa divina demanda una respuesta personal de aceptación, que requiere emprender un camino con etapas aptas para realizar un proceso de conversión y para generar la fe, con el fin de que el creyente, ya liberado del pecado y regenerado como hijo de Dios, llegue a ser miembro de Cristo y de su Iglesia y, con el poder del Espíritu Santo, participe de su misión.

Hay que tener en cuenta que a lo largo de toda la historia de la Iglesia la catequesis y los procesos de iniciación cristiana, de una u otra forma, han sido muy importantes en el cumplimiento de la misión que Cristo le encomendó de anunciar la Buena Nueva de la salvación y de hacer discípulos a todas las gentes. El eje fundamental siempre ha sido la persona misma de Cristo, su vida, su mensaje, su Misterio Pascual y su obra salvífica. Para suscitar una respuesta a la iniciativa divina y que la persona lo pueda acoger con profunda decisión necesitamos promover serios procesos personales de conversión que lleven a un encuentro personal y comunitario con Cristo. En efecto, «lo importante no es forzar la ejecución de un programa sino acompañar con paciencia y caridad los procesos de las personas, para dejar profunda y seriamente iniciados en lo específicamente cristiano a quienes se pongan en camino».¹²

Los tiempos actuales nos piden superar los itinerarios lineales de preparación sacramental, cambiándolos por caminos e itinerarios más personalizados, graduales y diversificados.¹³ Los itinerarios marcan el camino que es necesario recorrer, indicando los objetivos, las etapas, los momentos propicios para que la persona pueda lograr la meta hacia la cual se dirige. Asimismo, hay que privilegiar el acompañamiento personal para no trazar itinerarios que estén desvinculados de la vida y de la experiencia humana. Así, pues, es necesario estar más atentos a los procesos que a los programas, pues éstos se ciñen a contenidos y actividades demasiado fijos y establecidos, mientras que los procesos, que constituyen lo que realiza cada persona para responder a la llamada divina y que lo va transformando, respetan el paso que con responsabilidad va dando de manera muy personal quien se está iniciando, con el fin de interiorizar y realizar a su propio ritmo los itinerarios catequísticos que ha de recorrer.¹⁴

En dichos procesos se deben respetar, por una parte, la dinámica interna de la evangelización, que de por sí es gradual y progresiva y, por otra, la libertad y el ritmo de respuesta de la persona, teniendo en cuenta sus situaciones propias y sus procesos internos de cambio.¹⁵ Estos procesos deben realizarse en un estilo sinodal, como nos urge el papa Francisco, puesto que se trata de un “caminar juntos”, evangelizadores y evangelizados, en el que se valoricen los carismas que

¹² Conferencia episcopal de Colombia, Departamento de Catequesis, *Muéstranos al Padre. Itinerarios para la iniciación cristiana de adultos*. Módulo II, *El camino con el Maestro*, (Bogotá, 2018), p. 15.

¹³ Cf. *Aparecida* 281.

¹⁴ Cf. Arquidiócesis de Bogotá, *Orientaciones y criterios para la iniciación cristiana*, n. 59, 65-77.

¹⁵ Cf. Arquidiócesis de Bogotá, *Itinerarios de Iniciación Cristiana para adolescentes y jóvenes*, pp. 22s.

el Espíritu concede según la vocación y el rol de cada uno de los miembros de la Iglesia, mediante un dinamismo de corresponsabilidad.¹⁶

5.

Una de las grandes preocupaciones pastorales del momento presente es cómo evangelizar a los jóvenes, porque encontramos que ellos tienen nuevos modos de comunicarse y de relacionarse. Mientras que nosotros estamos acostumbrados, con cierta frecuencia, a una comunicación unidireccional: predicamos, enseñamos, presentamos síntesis dogmáticas y utilizamos mucho el texto escrito, ellos están habituados a formas de comunicación digital, fruto de las nuevas tecnologías, que han implantando nuevos lenguajes y modos de intercambio, reduciendo los espacios de encuentro personal para convertirlos en un *espacio virtual* que diluye la percepción del mundo real, lo cual ha repercutido fuertemente en el contexto formativo de la verdad y la libertad.

Los medios digitales no pueden ser considerados simples herramientas de consulta e información, sino que constituyen todo un mundo en donde habitan permanentemente millones de personas de todas las naciones. Es allí en donde se encuentran especialmente los niños y los jóvenes, lo cual plantea la urgencia de acercarse a ellos en ese *continente digital* para evangelizarlos, ya que para ellos lo que importa actualmente es estar conectados a la red para poder mantener las relaciones virtuales y tener la inmediatez de la comunicación y de la información. Más aún se nos plantea el reto de evangelizar ese mundo para fortalecer las relaciones interpersonales y realizar una acción pastoral que ayude a favorecer el encuentro real, personal y comunitario con el Señor y la inserción en la comunidad cristiana. Estamos ciertamente ante un profundo cambio cultural que nos exige variar nuestros modos de evangelizar para traducir en su nuevo lenguaje el mensaje de Jesús, que permita crear un nuevo sentido de pertenencia comunitaria y que incluya algo más que lo experimentado en la red.

A este reto se añade también la necesidad de superar la gran brecha cultural que se da entre los niños y jóvenes que son “nativos digitales” y quienes como personas adultas somos “inmigrantes digitales”, en la que sufrimos esa gran transformación comunicativa y relacional. En este sentido la experiencia que hemos tenido que vivir en el largo período de pandemia, que produjo a muchos la nostalgia de no poder realizar el impulso misionero a través del encuentro personal y del apoyo de la comunidad, sin embargo ha sido la oportunidad para dar un paso necesario: evangelizar ya no con esquemas escolarizados, sino con un acompañamiento más personalizado, aunque fuera *on line*, para hacer sentir la cercanía, como también para conocer las alegrías y esperanzas, las tristezas y

¹⁶ Cf. *Chistus Vivit* 206.

angustias de los miembros de su comunidad y ayudarles a relacionarlas con el mensaje del Evangelio.

Todo esto nos indica la necesidad de hacer un esfuerzo para la inculturación de la fe. Al respecto nos dice el papa Francisco que «la misión es siempre idéntica, pero el lenguaje con el cual anunciar el Evangelio pide ser renovado con sabiduría pastoral. Esto es esencial tanto para ser comprendidos por nuestros contemporáneos, como para que la Tradición Católica pueda hablar a las culturas del mundo de hoy y a ayudarles a abrirse a la fecundidad perenne del mensaje de Cristo».¹⁷ La inculturación, en el fondo, está encaminada al proceso de interiorización de la experiencia de la fe, de tal modo que no podemos concentrarnos únicamente en la transmisión de los contenidos de la fe sino que tenemos que interesarnos en el proceso de recepción personal de la fe.

Finalmente, En personas que tienen una fe débil existen, sin embargo, diversas expresiones de piedad popular y de participación en la vida de la Iglesia, más de tipo sentimental y de vivencia individual. Esto nos plantea la urgencia de buscar el modo de aprovechar estas valiosas oportunidades, valorando e integrando sus expresiones rituales, para hacer un primer anuncio que les permita fortalecer su fe y seguir con un proceso iniciático de catequesis, que les ayude a dar sentido a su vida, a dar testimonio de su fe y a comprometerse en el seno de una auténtica comunidad cristiana. En este sentido la piedad popular es una gran tesoro que tiene la Iglesia, puesto que sus manifestaciones son «expresiones particulares de la búsqueda de Dios y de vida piadosa, cargadas de fervor, de pureza y de intenciones conmovedoras».¹⁸ Es necesario, sin embargo, buscar el modo de devolver a algunas de sus manifestaciones a su raíz evangélica, trinitaria, cristológica y eclesial, para que se conviertan en ocasión de compromisos de vida cristiana.

Asimismo, es importante recalcar el valor de la “vía de la belleza” (*via pulchritudinis*) como un camino de evangelización y de diálogo. A lo largo de la historia de la Iglesia, con su rico patrimonio litúrgico y artístico, esta vía ha constituido un elemento fundamental para la evangelización, pues a través de las diversas formas de arte se ha podido iniciar a tantas personas en el deseo de conocer y seguir al Señor.

+ *Octavio Ruiz Arenas*
Arzobispo emérito de Villavicencio
Exsecretario del Pontificio Consejo para la
Promoción de la Nueva Evangelización

¹⁷ Papa Francisco, *Discurso* a los participantes en la Asamblea Plenaria del PCPNE (29.V.2015); *Directorio para la catequesis* 206

¹⁸ *Directorio General para la Catequesis* 195.